



COLECCIÓN
LA
PAMPA
LEE

CARTA DE LA CASA DE OLGA OROZCO A SU DUEÑA

Diana Irene Blanco



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Jorge Capitanich

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

**SUBSECRETARIO DE EQUIDAD
Y CALIDAD EDUCATIVA**

Gabriel Brener

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE LA PAMPA

Oscar Mario Jorge

MINISTRA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Jacqueline Mohair Evangelista

SUBSECRETARIA DE EDUCACIÓN

Mónica Dell'acqua

Coordinadora del Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora de la región Patagonia

Silvia Contin

Coordinador de contenidos La Pampa Lee

Bruno Di Benedetto

Referente provincial del Plan de Lectura La Pampa

Norberto Sánchez

Coordinadora editorial: Natalia Volpe

Diseño gráfico: Juan Salvador de Tullio,
Elizabeth Sanchez, Mariana Monteserin,
Mariel Billinghamurst

Revisión: Silvia Pazos

Colección: La Pampa Lee

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA)

Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075 / 1127

planlectura@me.gov.ar

www.planlectura.educ.ar

República Argentina, Julio de 2014

**CARTA
DE LA CASA
DE OLGA
OROZCO A
SU DUEÑA**

Diana Irene Blanco

Toay, La Pampa, 6 de septiembre de 2003.

A Olga, mi dueña:

Y abriste mi puerta, al fin, para entrar a la fiesta o al sosiego.
¡¡¡Tantas veces en la espera te nombré, te llamé con mi grito de polvo molido y hierros ajados!!! Con mi voz de roca transparente, carcomida ya. Aun cuando viajera del mundo, Olga poeta, te alejabas y mi carcaza antigua algo decrepita se dolía de distancias largas y duro silencio. Vacía, ahuecada de voces amadas, de torcazas cantoras y médanos intranquilos. Y me escuchabas. Nadie, menos tú, desoye el clamor de mis grietas guardando los nombres que no respondían. El quejido del viento sobre una cruz inclinada bajo la lluvia terrosa del tiempo.

El murmullo de raíces húmedas hilvanando tu historia.

Confieso que a veces ensanchaba las ventanas empujando postigos castigados de soles viejos, por si el verde de tus ojos bajaba suave como un pájaro exótico para anidar por una noche. Tan solo una. Y era bastante. Caminabas. Yo oía el roce de tus pasos y el temblor de alas rascando el piso de las habitaciones, tu mano sobre la madera dormida de los muebles, tus pupilas humedeciendo las hojas secas de los libros.

Y se iniciaba la ceremonia del nunca adiós.

Detenías tus pies en una alcoba con ventana cercada de finos tamariscos y aéreas cortinas. Armabas un lecho con trocitos de espejos para correr la oscuridad. Te mirabas en ellos para juntar los rostros perdidos. Luego bebías de una alta copa el agua de los sueños y tejías sortilegios de plumas caprichosas para que yo creyera que habías regresado. Un momento antes colocabas en un sobrio ritual tus zapatos bien derechos junto a la cama. En-

tonces comenzaba mi parte. Mecía mi fatigado esqueleto, cuna de la niña de los largos versos, para que durmieras una larga, larga noche y olvidaras partir. Trataba con sumo cuidado de que mis crujidos de casa vieja no adelantaran las agujas del sol de la mañana. Y no quebraran la hierba del silencio o alguna taza olvidada donde bebiste en la última gota tus rostros de mañana.

Aunque nunca te fuiste. En realidad, no me abandonaste. Porque detuviste la rueda voraz del calendario. Desmenuzaste el cáliz secreto de la palabra sobre el altar del tiempo. Y tu rito perfumó secretamente el Universo.

Supe que me llevabas contigo, tu casa primaria pesada, añeja, cuando la sal de tu mirada trazó en otro sitio cerradas ausencias. Aseguro que anochecías conmigo, cuando aparecían los primeros candiles insomnes detrás de mis vidrios. En otra ciudad, a la misma hora, vestías túnicas de arenas y guirnaldas de luz, sobre tus sábanas frías. (*En un país que amaba ya estará anocheciendo.*¹).

Pero extendiste trampas a los relojes y al fin, siempre estabas aquí. Cruzaste todos los días de tu vida por este jardín. Yo te vi juntando lágrimas, nueces y magnolias. Cáscaras, piedrecitas y lámparas sin luz. Toda vez que buscabas la filigrana oculta de tu destino. Las iniciales bordadas en las nubes que huían detrás del algarrobo borrando la señal. (*Me paseo mucho por él. Cada vez que estoy angustiada y logro pasar esa barrera, vuelvo a ese jardín.*²).

Otras veces vagabas alrededor de la reina Genoveva. Tejías largas trenzas con los hilos de sus cabellos para que no huyera y te prestara el vestido de novia con encajes sucios que arrastra hace siglos. O escarbabas la tierra para encontrar la llave de tu morada interna.

¹ Verso tomado del poema "Esos pequeños seres" del libro Desde lejos. En Olga Orozco, *Obra Poética*, Buenos Aires, Corregidor, 2007.

² "Entrevista con Olga Orozco" por Marco Antonio Campos, *La Jornada Semanal*, México, 31 de enero de 1999.

Y te volvías invisible para mis ojos gastados. Solo un tiempo. Llegabas, regresabas sin haberte ido.

Ahora esta casa que es tu cuerpo dice que estás aquí. Ya no duermo, ni me quejo. Si todos están aquí. Han vuelto contigo. Quiero recuperarlos. Ando de vigilia en vigilia para mirarte. Para ver tu mano que saluda por las ventanas a Cecilia, tu madre, quien pasea por el jardín con su sombrilla de sol. La pliega y se detiene bajo la sombra del viejo molle grueso, poderoso, donde descansa y recuerda. Con ella vino ese árbol aromático en su séquito viajero desde su tierra natal, San Luis.

Hay ruidos cautos en la cocina, es la abuela María Laureana. En una enorme taza blanca prepara con unción el té de las siete hierbas. Algo murmura en voz baja. Esparce en el agua caliente las hojas que se amontonan en la superficie del líquido y ella las mezcla con paciencia. Con la cuchara sube y baja las hierbas hasta el fondo de la taza. Sobre la mesa está su cofre de madera, al que no pierde de vista. ¿Qué conjuro estará disponiendo? Hace una semana oí cómo la abuela pronunciaba una plegaria, arrodillada ante sus santos azules, para resucitar la torcacita muerta que te aquejaba hasta ahogarte en llanto. Ahora la paloma vuela rozando con su pico los vidrios de mis ventanas como si nada le hubiera pasado. ¿Es la misma... o es otra torcaza?

Cerca del jardín, más allá de la quinta, Laura y María de las Nieves, tus hermanas, juegan en el campo de girasoles. Un niño con boina roja corre entre los tallos derechos y cimbreantes.

Alguien ha empujado mi puerta grande y camina presuroso por la galería que mira hacia el jardín. Se oyen pasos firmes, sonoros. Es tu padre Carmelo quien llega del aserradero. De un tirón

brusco se saca con fastidio el sombrero y en voz alta pide agua fresca porque el calor del mediodía apura su garganta.

¿Y mi dueña, dónde estás? Ya sé, te veo sentada junto al cerco de tamariscos (*...cerrado para siempre alrededor de una fortaleza derruida, disputada palmo a palmo por la ortiga y el alacrán.*³). En tus pupilas detenidas la caravana sinuosa del tiempo avanza y pisa tus lágrimas. No hay pasado, presente ni futuro. Es ahora. Sin principio ni fin. Presiento por qué lloras. Debes haber visto la cara de María Teo que traza con aceite de serpiente, para que no la descubras, un círculo en tu frente; al abuelo Damián en su caballo donde te lleva a despedir a Alejandro para siempre. Debes haber trepado el árbol de frutos verdes y el viaje hacia la fiebre donde te espera Encarnación, para pulverizar la baba de la muerte. Entre tus dedos aprietas una piedra. Si es la que te regaló Miguel, en poco tiempo te alejarás —pero hacia atrás— con toda la familia. Solo es un mal recuerdo. Lloras. Está escrito, tus lágrimas borrarán el camino que va, no el que siempre vuelve. Aún no sabes que no habrá partida sino cambio de domicilio, renovación de lugar como lo hacen los cardos o los médanos. Que siempre son los mismos aunque pierdan sus flores de algodón o sus jorobas de arena. Y vuelven como arrastrados por una voluntad que está más allá, *desde lejos*.

(*Fui la última en llegar y me quedaré para apagar las lámparas cuando no quede nadie.*⁴). Sin embargo mis habitaciones están ciegas de luces. Yo, tu casa, declaro desde mis altos muros que *la oscuridad es otro sol*. Que las luciérnagas del jardín aún encienden las hojas de los viejos tamariscos todas las noches. Mientras los gitanos apagan sus ojos color oliva y fogatas rojas debajo de la luna en la hora

³ "El cerco de tamariscos". En Olga Orozco, *También la luz es un abismo*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1995.

⁴ *Ibid*

ceniza. Aseguro que la moneda de la Lora rueda por la quinta junto con su sombrero de paja y afirmo que los manojos de flores recién cortados por la abuela siguen perfumando la escarcha de los inviernos. Donde te miras y miras. Cuentas máscaras, terrones de azúcar, semillas, cuando quieres, cuando rompes los turbios abismos que te llaman. Te veo con el tapado azul de grueso paño escribiendo con un dedo en mis vidrios polvorientos “adiós, ya vuelvo”. Afuera te espera inútilmente un carruaje que no se moverá, porque así lo quieres. Y en ciertas madrugadas resuella tu máquina de escribir que dicta versos que aún te caminan desde la infancia. Danza una lapicera largos surcos de tinta fresca. ¿Y ese resplandor que no me abandona? Tú lo conoces. Desciende por las secretas cañerías, baja desde los techos, ondula por la galería, se triza en las altas palmeras, se enrosca en el portal de hierro como una antigua escritura que refulge y te nombra. Ambas estamos vivas. ¿No recuerdas la ceremonia del nunca adiós?

Entonces empecemos de nuevo a contar nuestra historia.

Tu casa de las luciérnagas

PD: ... en el fondo siempre habrá un jardín.

Diana Irene Blanco

(Eduardo Castex, La Pampa, 1951). Es maestra y Profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Pampa. Ha sido disertante en simposios internacionales sobre la obra de Olga Orozco y Beatriz Guido. Recibió premios nacionales e internacionales en poesía y cuento en Francia, España, Israel, Chile, Italia, Canadá, México y EE.UU. En 2013 el Gobierno de La Pampa le otorgó el Premio Testimonio por su trayectoria en literatura –cuento y poesía– y en 2007 la Cámara de Diputados de La Pampa le confirió el Premio Olga Orozco en Literatura tras evaluar su producción.

Entre sus obras figuran poemas: *El cántaro roto*, 1981; *Mujeres*, 1988; *Pródiga*, 1993; *La lámpara despierta*, 2008. Cuentos: *Cuentos para la hora gris*, 1999; *Corazón partido y otros cuentos*, 2007; *Brava y oscura*, 2010. Ensayo: *Olga Orozco. La jerarquía de la palabra*, 2009. Prosa epistolar: *Domicilio desconocido*, 2013. Novela: *La constancia de las rosas*, 2014.



Momento

Edgardo Barreneche

Óleo sobre lienzo,
50 x 70 cm, 2009

**ARGENTINA
NOS INCLUYE**

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



Ministerio de
Cultura y Educación

Gobierno de La Pampa



**PLAN PROVINCIAL
DE LECTURA,**

Entre textos,
espacios para compartir Lectura

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.